

cional; al mismo tiempo se excitaba á la Hungría á sublevarse, y se hacían alistamientos garibaldinos para invadir la Dalmacia y el país de Trento.

Habiendo tenido conocimiento el Austria de estos convenios con la Prusia, se vió obligada á enviar á Italia un ejército de 200,000 hombres, pero diciendo al mismo tiempo á Napoleon y á las otras Potencias que se interponían, que estaba dispuesta á desarmar tan pronto como la Italia y la Prusia hiciesen otro tanto. Todo fué en vano; y las hostilidades no tardaron en romperse. Benedek mandaba el ejército austriaco, y el príncipe Federico y los generales Herwarth y Steinmetz mandaban el ejército prusiano, el cual con una rapidez admirable ocupó el Holstein, entró en Sajonia y en Leisich, y despues en Bohemia; en la batalla de Sadowa, que fué una de las más mortíferas del siglo, el Austria perdió 16,000 prisioneros, 40 banderos y 180 cañones; de modo que en un mes se concluyó una guerra que se temía hubiese sido tan larga como la de los Treinta años.

La Italia rompía simultáneamente las hostilidades y pasaba el Mincio por un puente de barcas; pero, derrotado en 24 de Junio su ejército en Custoza, tuvo que retirarse ante el ejército austriaco, mandado por el Archiduque Alberto, al paso que su flota, de la que tanto se había hablado y ponderado, fué también derrotada en Lisa por la flota austriaca, mandada por Tegetoff; pero para esto había sido necesario distraer de la Alemania 200,000 hombres que hubieran podido disputar todavía la victoria, aún despues de la derrota de Sadowa. Entonces el emperador Francisco José cedió el reino Veneto á Napoleon, el cual lo retrocedió á la Italia. No siendo ya posible la existencia de pequeños Estados, Napoleon confiaba en que podría ver dividirse la Europa entre él y Bismark. Despues de haber hecho las paces con el Austria, el rey de Italia pudo anunciar: « la patria está libre de todo dominio extranjero. »

Segun los preliminares de Nicolsburg seguidos de la paz de Praga del 23 de agosto, el Austria, hacia la renuncia del reino Lombardo-Veneto, así como de todo derecho sobre el Sleswig, y el Holstein; reconocía disuelta la Confederación Germánica y aceptaba la nueva constitucion de esta y las instituciones que á la Prusia le agradase introducir en ella, quedando excluida el Austria de dicha Confederación.

Al territorio de 280,000 kilómetros con diez y nueve millones de habitantes, la Prusia, se agregaba el reino de Hanóver, la Hesse Electoral y parte de la Gran Ducal y de la Baviera; el ducado de Nasau, los de Sleswig y Holstein, y la ciudad de Francfort, extendiendo su superficie á 352,000 kilómetros con veinte y tres millones

y medio de súbditos. La Baviera, el Wurtemberg, Baden, la Hesse, Lichteistein sobreviven pero aislados. El Limburgo y el Luxemburgo quedan agregados á la Holanda; pero separados de la Alemania, y la Sajonia, con gran pena, obtiene su conservación como miembro de la nueva Federación.

El Parlamento alemán reunido en Berlin el 24 de febrero de 1867 discutió la nueva Constitución, y el rey decía en su discurso: « Doy gracias á la Providencia, que me sea permitido, de concierto con una asamblea cual ningún príncipe alemán ha visto reunida á su alrededor hace siglos, el expresar mis grandes esperanzas; doy gracias á la Providencia que guía á la Alemania al término deseado de su pueblo, por caminos que nosotros ni habíamos preparado, ni elegido. »

Mientras que subsistan intereses y aspiraciones contrarias, ninguna paz puede ser más que una tregua, y muchas veces es necesaria la guerra para curar males que con la lentitud se encanecerían. En medio del lenguaje patriarcal del rey de Prusia, y del soldadesco del Austria, el socialismo iba tomando incremento y enervándose con el charlatanismo de los filósofos; que proclaman siempre la más absoluta independencia del individuo; así como con el de los periódicos, de los cuáles, algunos predicaban descaradamente la comunidad de bienes, de mujeres y de hijos.

VII

FRANCIA Y PRUSIA — EL COMUNISMO

Desertando y desmintiendo Napoleon los principios conservadores en virtud de los cuales había sido elegido, para entrarse en el laberinto de la revolución, dió á conocer que no era uno de aquellos genios que aparecen y están predeterminados para poner fin á los trastornos causados por aquella, y recoger el fruto de los grandes sentimientos; sino bien que era, simplemente, un osado y afortunado aventurero (1).

Conspirador incorregible, era además un furibundo innovador de las cosas antiguas, lo cual no le conciliaba el afecto de los conservadores; pero no innovaba lo bastante para contentar á los demócratas; improvisaba las soluciones y las alternativas; pero le faltaba talento ó fuerza de alma para permanecer firme en sus

(1) El príncipe Alberto decía de Napoleon. « Ha nacido conspirador, vive siendo conspirador; y á la edad que tiene ya no podría cambiar de carácter: siempre está complotando y siempre desconfiando. Para llevar adelante sus planes, le era necesario tener un aliado; y la Inglaterra era el único que le pudiese convenir; pero como la alianza con la Inglaterra implica la observancia de los tratados y el progreso de la civilización, esta alianza le incomodó muchas veces. »

ideas y efectuarlas. Escribe á Ney la carta en que le habla de las reformas que deben introducirse en el gobierno pontificio; pero apenas Falloux las reprueba y critica, que él la retira, aún cuando todos la tuvieron por un verdadero programa. Promueve la guerra de Crimea y la interrumpe sin haber concluido cosa alguna. La de Italia la detuvo á medias, adquiriéndose un vecino, que (según decía) le procuró tantos dolores de cabeza. En la de Méjico, guerra imprudente en el fondo, baja en los motivos, se deshonró con el abandono en que dejó á su propia criatura. Se había hecho dueño de la Francia bajo el pretexto de salvarla de la revolución, y con el mismo pretexto ocupaba á Roma; pero mientras que infundía terror en el ánimo de los conservadores revelando los atentados de la anarquía, alentaba á los revolucionarios con las guerras. Quería la unidad italiana, y la contrarió; aparentaba maneras de dictador con el Piamonte, y se dejaba llevar por él á renfolque; quería la dominación pontificia, y preparaba su muerte en medio de flores y caricias. Aspiraba y soñaba con una alianza de las naciones latinas en la que entrasen España, Méjico, los Principados del Danubio y la Confederación italiana era su ideal: una gran federación europea con el libre cambio, con una única capital, con Exposiciones universales, y con un Congreso por cuyo medio se obtuviese el desarme general, y el arreglo de todas las cuestiones pendientes.

Pero lo cierto fué que mientras predicaba la paz, sembraba la cizaña por todas partes. Instruido con los ejemplos de su tío (1), no ambicionaba con ansia guerras, ni conquistas; pero se veía arrastrado á hacerlas por aquellos de sus partidarios que creen que la Francia está destinada á sobresalir, á tener la primacía, y ocupar el primer lugar entre sus débiles vecinos. Estas ideas le hicieron ser amigo de todos, y al mismo tiempo enemigo. Execrando la Santa Alianza, quiso castigar primero á la Rusia; luego á los Borbones, y después al Austria: hubiera querido también dar una buena lección á la Prusia. Sin acceder á secundar los planes de Bismark que le excitaba á que destruyera al Austria, descomponiéndola y desmembrándola, ofreciéndole

(1) También Napoleón I, después de la batalla de Marengo, escribía al emperador Francisco II diciéndole: « En medio de los heridos, y rodeado de quince mil cadáveres, conjuro á V. M. que escuche el grito de la humanidad, y no permita que los soldados de dos poderosas y valientes naciones se exterminen por intereses que le son extraños.

Napoleón III se vanagloriaba siempre de seguir y completar las ideas del primero, especialmente en lo concerniente á la emancipación de Italia. Y cuando yo lo objetaba que él hubiera podido hacerlo y no lo hizo, sino, muy al contrario, me replicaba que se lo habían impedido ejecutar las continuas enemistades y desavenencias del Austria y de la Inglaterra.

en cambio la Bélgica y el Luxemburgo, le dejó, sin embargo, disponer de todas sus fuerzas contra aquella Potencia; y cuando después le vió engrandecerse tan extraordinariamente, pidió algunas compensaciones, pero, al fin, tuvo que contentarse sin obtener ninguna. Hizo expediciones felices en Siria, en la China, en Cochinchina y en Madagascar. Gozó momentos de verdadera gloria á la cabeza de la alianza occidental con la Inglaterra y con el Austria: sabiendo que él representaba la revolución, que era el *coco* político de todos, las potencias no se atrevían á contrariarle, y él dejaba suponer todo lo que quisieran; fingía vacilar, y mientras tanto ganaba tiempo; por último no se decidía y dejaba caminar á los otros por la pendiente adonde él los había conducido. Parecía manifestar sus ideas en algunos discursos, pero no dejaba discurrirlas, y volvía á pedir de un día al otro que le dejasen coronar el edificio según había prometido hacerlo á una nación celosa de sus derechos, pero dispuesta á dejarlos á un lado por un momento.

Con la ilimitada confianza que obtuvo, pudo disponer de inmensos recursos. Con haber hecho la reducción de los intereses de la deuda por medio de tres empréstitos nacionales, de los que el de 1868 se cubrió más de treinta veces, realizó casi dos millones. La prosperidad del comercio y de la industria bastaba para lo demás, y ya en el año de 1866 habían sido empleados treinta y un mil millones, de los cuales 7,200 para el solo ministerio de la guerra. Muchos de los gastos eran verdaderamente útiles y productivos: hizo cultivar 15,000 hectáreas de terrenos eriales; fundó cuarenta y dos establecimientos de operarios; treinta y nueve factorías en países desiertos, y restauró otras tantas: construyó un pueblo agrícola, y en Vincennes mantenía una hacienda donde se hacían experimentos de abono con las inmundicias de la villa: criaba rebaños de toda clase de ganado, cuyos productos enviaba á las extremidades de la tierra, de los cuales algunas cabezas, que servían de padres, se pagaban á diez y doce mil francos; hacía distribuir utensilios, máquinas, plantas y semillas de los mejores productos; desecó pantanos, hizo plantar arboledas en colinas y lugares estériles y evitó las inundaciones con esclusas y diques que hizo construir en muchas partes.

Paris fué transformado y mejorado, empleando en estas mejoras y embellecimientos sobre unos mil millones, de los cuales ciento ochenta y cuatro fueron invertidos en abrir nuevas calles y bulevares, y en el derribo de 10,000 casas, en cuyas obras era secundado por el Prefecto Haussmann que tenía un sueldo de 75,000 francos además de otros 240,000, de los que no daba

cuenta á nadie. La ciudad de Paris cuya deuda en 1820 era de setecientos catorce millones, en el de 1866 ascendía á mil ochocientos veinticinco millones; bien es verdad que, en cambio, era la metrópoli de la riqueza, del refinamiento, de la industria, y con esto se tenía ocupada una población inquieta; pero al mismo tiempo se atraían á Paris innumerables obreros, y con los salarios y jornales elevados, y con el lujo crecían la corrupción de costumbres, la avaricia y el inmoderado deseo de goces materiales.

La maravillosa Exposición de 1867, hizo venir á Paris todas las notabilidades, todos los adelantos de la industria, de las ciencias y todos los descubrimientos. Cincuenta y ocho soberanos, incluso el Ruso y el Gran Turco, vinieron á rendir párias y á pagar el tributo de su admiración á este aventurero afortunado, el cual quería serlo todo, hasta autor: le gustaba más la ostentación y la pompa que los resultados. Habiéndose casado con la condesa de Montijo, señora de la nobleza española, no tardó en tener de ella un hijo, del cual fué padrino de bautismo Pío IX: ochenta y siete obispos asistieron al gran banquete que se dió en aquella ocasión en el palacio del Ayuntamiento; y una suscripción popular que se hizo entonces, desde cinco hasta veinticinco céntimos, produjo 60,000 francos.

Acariciaba á los Católicos; pero los disgustaba con la meticulosa emancipación ó libertad de la enseñanza, con el miedo que manifestaba tener á las asociaciones religiosas de beneficencia y caridad, y con dejar despojar al Papa (1).

Acariciaba también á los liberales; pero también se los enemistaba con los golpes de Estado; y las intrigas de corte indisponían á sus verdaderos amigos; asalariaba los periódicos, queriendo crearse por medio de ellos una opinión pública artificial; sin embargo, algunos le fueron horriblemente hostiles. Los Borbónicos no estaban de acuerdo entre sí; los Orleanistas se limitaban á hacer una oposición académica, y los Republicanos estaban reducidos al silencio. Lo mismo que con Luis Felipe, se hicieron con él muchas tentativas contra su vida: dejó enriquecerse á los oficiales generales, permitió que se robase, cambió cincuenta ministros, pero la habilidad y los talentos de Morny, la mística adhesión de Persigny, y el celo de Billault, de Fould, de Drouyn de L'Huis, de Thouvenel, de Baroche y de Rouher le servían de meros instrumentos, llamando y despidiendo á estos ministros según le placía, y sin que la nación supiese el porqué. Las elecciones que fueron siempre su gran preo-

(1) Á quien le instaba para que dejase ocupar á Roma por los Italianos, oímos que le respondía: « Tendréis á Roma, pero no podéis pretender que nosotros os la demos. »

ocupación, como manifestación del sentimiento público, iban siempre acompañadas por la corrupción; una prensa corruptora y los ejemplos de lo alto contribuían á extender la inmoralidad, y la inteligencia se rebajaba y envilecía. Tenía en contra suya hombres de entendimiento y de carácter elevado, tales como Thiers, Guizot, Montalembert, De Broglie, Nettement y una multitud de militares, entre ellos Cavaignac, gran militar y político, esclavo de la ley y de la palabra. En los últimos tiempos ocurrió la muerte de insignes personajes tales como Montalembert, Berryer, Lacordaire, De Broglie, Troplong, Lamartine (1), Villemain, Lanjuinais, Jomíny, Sainte-Beuve...

Sin embargo, mucho más que las oposiciones académicas y los partidos dinásticos debían temerse los trabajos subterráneos de los comunales representados por unos cuantos teóricos como Fauriel, Saint-Simon, Leroux, que sacrificaban la justicia y el derecho al *Moloch* del progreso colectivo, y de un enjambre de trabajadores que asociándose en nombre de la justicia y de la fraternidad con la espuma en la boca, y con precisión de fórmulas y de audacia en su actitud, incitaban al odio y á la sublevación, trastornaban la sociedad bajo pretexto de reorganizarla, y atacaban á la Iglesia, haciéndola cómplice de la injusticia y de los abusos (2); y mientras que proclamaban sistemas autocráticos y autoritarios, rechazaban toda superioridad, incluso la del talento. Si el liberalismo decía: « El Estado es dueño absoluto, la Iglesia y la familia no tienen más derechos que los que le son concedidos por los órganos legislativos; pero la propiedad debe ser inviolable; » el socialismo rechazaba por ilógica esta

(1) Poco antes de morir, en el mes de marzo del 69 se había señalado á Lamartine la renta de un capital de 500,000 francos.

(2) Proudhon escribe diciendo: que la causa del mal en nuestra sociedad es la moral cristiana, que se ha hecho corruptora, apoyándose sobre la Providencia, la Redención, y el Juicio. Por la primera se tienen pobres y ricos: el pecado original muestra al hombre caído y despreciable, y la consecuencia de ella es la necesidad de que haya una potestad humana para refrenarle y conservar la miseria; la Redención hace consistir la regeneración en una teurgia por medio de los sacramentos: la religión enardece y fomenta la actividad humana, alfoja la voluntad y deja al hombre entregado al arbitrio del hombre. Dios, imagen de la naturaleza humana, es una abstracción, un ídolo del pensamiento filosófico, la sanción de una moral debilitante; guerra, pues, al Ángel, al Arcángel, á las Dominaciones, á los Principados, á la Iglesia, al Concilio, al Parlamento, al púlpito, á la personalidad, á la cabeza, en fin, de esta incommensurable anarquía, al absoluto, de los absolutos, que es Dios. De este modo se eburan las ideas, así viene el reino de lo bello, de lo bueno, de lo verdadero en el que el hombre solo es principio de toda moral y de toda justicia, las cuales lleva en la razón y en la conciencia: de este modo, se restablece la igualdad, queda destruida la miseria y abolido el salario, elevando al hombre á la dignidad de partícipe. — De la justicia en la revolución y en la Iglesia.

restricción, y quería que el Estado fuese también el único regulador de la propiedad: en lugar de concentrar las riquezas en unas cuantas manos, se necesitan, decía, establecer nuevas reglas sobre los bienes, sobre la herencia, sobre el tráfico, sobre los salarios; el propietario no es más que un usufructuario; no debe haber herencia, ni matrimonio religioso, ni civil; la mujer debe estar dispensada de ser madre; á los hijos no deben educarlos los padres, sino deben ser educados en comun por el Estado; este debe alimentarlos y debe emplearlos; el obrero no debe recibir su salario en proporción de su trabajo, sino según la tarifa fijada por el Estado, el cual organiza y distribuye todas las cosas. Pero el Estado no es Napoleón III ó Guillermo IV, sino la mayoría, que es el ama, la cajera, la institutriz, la déspota, en fin, hasta de las conciencias. Reducidos así á una completa nulidad el individuo y la familia; borrado hasta el nombre de Dios que se imprime en el corazón del niño con el beso de la madre; el educar un pueblo de este modo es hacerle descender al nivel del bruto: ¡ como si la incredulidad no fuese la aliada de los tiranos, el camino para la servidumbre!

Considerando, según muchos creen, que la única libertad consiste en pensar lo mismo que ellos, no sufren contradicción de ninguna especie, ni aún exámen ni controversia; y si á las doctrinas antisociales les opone alguno, ó instituciones legislativas, ó principios morales, se les dice que todo eso es política y religión; así, pues, que se callen.

La asociación internacional de los obreros que desde Inglaterra se había extendido á Francia, á Bélgica, á Suiza y á Alemania, dictaba decretos sin apelación, señalaba precios y salarios, y organizaba huelgas, pagando á los que no trabajasen. No contentos con eliminar enteramente á los jefes y cabezas de los Establecimientos industriales, y á sus empleados; no contentos con coaligarse para obtener aumento de salario, quisieron forzar á todos sus miembros á que aceptasen y se conformasen con las decisiones de un Comité director, empleando para ello hasta la violencia, y derramando ácido sulfúrico sobre los que no querían conformarse: poniendo alfileres en los tejidos, pólvora fulminante en las máquinas, matando los animales de carga y de trabajo, rompiendo é inutilizando los utensilios, y hasta asesinando. Y tales hechos se consideraban como de derecho natural.

Todo esto aparece especialmente en los espantosos procesos de los *arotini* (*sawgrinders*) de Sheffield, los cuales sostenían que « la sociedad se hallaba mal constituida sobre la injusticia, la violencia y el fraude; y que, por consiguiente, lo opuesto debe ser lo justo, lo leal, lo bueno.

Así creen los indios salvajes de América llamados *Pieles rojas* que es una legítima represalia, el matar á los *Blancos* que usurpan sus tierras para cultivarlas.

Ahora que, no solo el poder, sino la autoridad deben atribuirse, no á la calidad de las personas, sino al número de ellas, es por los obreros, y con los obreros por quienes se deben resolver no solo los problemas económicos, sino los políticos y sociales; con ellos, encarnizados contra la sociedad actual. De este modo engrosaba el torrente favorecido por los malévolos deciamadores, que agriaban las cuestiones con la pasión y con el arte; así como también por los ilusos gobernantes que no querían ver la tempestad que se acercaba, en la persuasión de que tales enseñanzas se desvanecerían en frente del raciocinio y del sentido común, y que las tentativas se estrellarían contra la robustez gubernativa. Pero ¿quién hubiera podido sospechar en 1848 que en la muchedumbre pululasen las ideas y los deseos que se descubrieron en el mes de Junio, contra los cuales no bastó el oponerles ni las palabras de los sabios, ni los escritos de los doctos, sino que fué preciso hacer uso del fusil que todos los ciudadanos se vieron obligados á empuñar para defender su propia casa y su propia mujer? Las gentes tranquilas, cuando ven echárseles encima á las fieras, prefieren el poder absoluto que las contenga y las reprima. De esto resulta que sea natural en los gobiernos el temor de verse arrastrados más allá de lo que ellos quisieran ir, y de no poder resistir al movimiento, una vez empezado; y como conocen el deber que tienen, al mismo tiempo, de proteger y salvar la tranquilidad pública, la mayoría de los gobernados, las ideas de orden y los principios conservadores; sucede que muchas veces, atacan la libertad y la igualdad, bajo pretexto de organizarlas.

Napoleón creyó que era un deber suyo el estrechar los frenos. Después de cada guerra había prometido el ampliar la Constitución. Terminada la de Italia, permitió á las Cámaras que discutiesen la política general y propusiesen enmiendas á las leyes. El 29 de Enero de 1867 escribía á Rouher diciéndole: « que quería dar á las instituciones del Imperio todo el desarrollo de que eran susceptibles, y coronar el edificio levantado por la voluntad nacional »; pero todo esto quedó reducido á conceder á los diputados el derecho de hacer interpelaciones, y el derecho de reunirse; la Francia, sin embargo, pedía algo más, por lo que, al fin, de autocrático que era el gobierno, lo cambió en representativo, con la iniciativa parlamentaria, y con la responsabilidad de los ministros, á cuya cabeza puso al abogado Ollivier.

Desde 1789 esta era la novena Constitución

11 de
julio
de 1869.



Batalla de Rancagua

quería que el Estado fuese también el más regular de la propiedad: en lugar de concentrar las riquezas en unas cuantas manos, se necesitan, decía, establecer nuevas leyes sobre los bienes, sobre la herencia, sobre el trabajo, sobre los salarios; el propietario no es más que un usufructuario; no debe haber herencia, ni matrimonio religioso, ni civil; la mujer debe estar dispensada de ser madre; a los hijos no deben educarlos los padres, sino deben ser educados en común por el Estado; este debe alimentarlos y debe emplearlos; el obrero no debe recibir su salario en proporción de su trabajo, sino según la tarifa fijada por el Estado, el cual organiza y distribuye todas las cosas. Pero el Estado no es Napoleón III ó Guillermo IV, sino la mayoría, que es el ama, la cajera, la institutriz, la déspota, en fin, hasta de las conciencias. Reducidos así a una completa nulidad el individuo y la familia; borrado hasta el nombre de Dios que se imprime en el corazón del niño con el beso de la madre; el educar un pueblo de este modo es hacerle descender al nivel del bruto; y como si la incredulidad no fuese la aliada de los tiranos, el camino para la servidumbre!

Considerando, según muchos creen, que la única libertad consiste en pensar lo mismo que ellos, no sufren contradicción de ninguna especie, ni aún examen ni controversia; y si a las doctrinas antisociales les opone alguno, ó instituciones legislativas, ó principios morales, se les dice que todo eso es política y religión; así, pues, que se callen.

La asociación internacional de los obreros que desde Inglaterra se había extendido á Francia, á Suiza y á Alemania, dictaba decretos sin que acción, señalaba precios y salarios, y organizaba huelgas, pagando á los que no trabajaban. No contentos con eliminar enteramente á los pies y cabezas de los Establecimientos industriales, y á sus empleados; no contentos con obligarlos para obtener aumento de salario, quisieron forzar á todos sus miembros á que aceptasen y se conformasen con las decisiones de un Comité director, empleando para ello hasta la violencia, y derramando ácido sulfúrico sobre los que no querían conformarse: poniendo alfileres en los tejidos, pólvora fulminante en las máquinas, matando los animales de carga y de tiro, rompiendo ó inutilizando los utensilios, y hasta asesinando. Y tales hechos se consideraban como de derecho natural.

Todo esto agudizó especialmente en los espantosos procesos de los *saugrinders* de Sheffield, los cuales sostenían que « la sociedad se hallaba mal constituida sobre la injusticia, la violencia y el fraude; y que, por consiguiente, lo equívoco debe ser lo justo, lo leal, lo bueno.

Así como el Estado no debía ser el regulador de la propiedad, el individuo no debía ser el regulador de los precios, sino el interés de cada uno que los determinara, y con los salarios que resultasen de esta manera no más los problemas económicos, políticos y sociales; con ellos, por consiguiente, la sociedad actual de este mundo, que es el torrente favorecido por las inclinaciones de los poderosos, que agraban las cuestiones de la pasión y con el odio; así como también por los ilusos gobernantes, que no quieren ver la tempestad que se acerca, en la permeación de que tales enseñanzas se desvanecerían en frente del raciocinio y del sentido común, y que las tentativas se estrellarían contra la robustez gubernativa. Pero ¿quién hubiera podido sospechar en 1848 que en la noche oscura pulsaban las ideas y los deseos que se manifestaron en el día de Junio, cuando las cosas ya habían empezado á las palizas de los obreros en las escuelas de los duques, como que los obreros usaban del fusil que todos los ciudadanos tenían obligados á comprar para defender su propia casa y su propia mujer? Las gentes trabajadoras ven echárselas encima á las heras, persiguen el poder absoluto que las contenga y las reprima. He esta razón que sea natural en los gobiernos el temor de verse arrastrados más allá de lo que ellos quisieran ir, y de no poder resistir al movimiento, una vez comenzado; y como conocen el deber que pesa, al mismo tiempo, de proteger y salvar la tranquilidad pública, la mayoría de los gobernantes, las ideas de orden y los principios conservadores, sienten que muchas veces, sobre la libertad y la igualdad, bajo el pretexto de mantenerlas.

Napoleón creyó oportuno estrechar las medidas de seguridad que había promulgado, y para terminar la discusión de las enmiendas á la Constitución, escribía á los miembros de las instituciones que él decía que era el resultado de un levantamiento. En todo esto quedaban todos el derecho de reunión y el derecho de asociación. El primer artículo de la Constitución era el que decía que era el resultado de un levantamiento, con el fin de poner la responsabilidad sobre la cabeza puso al abogado de la causa. Desde 1789 esta



Batalla de Reischoffen.

que se había proclamado, y la primera que se innovaba sin turbulencias, ni sacudimientos, ni trastornos, por la sola fuerza de la opinion nacional, esto es, la opinion periodística. Entónces quiso preguntar á la Francia si se hallaba contenta con él, y lo afirmaron 7,160,000 votos, con apluso universal, principalmente entre el ejército, y sin que se hablase ni de revolucion, ni de reaccion. Sin embargo, se estaba en la víspera de los desastres.

Napoleon no se había apercibido del peligro á que exponía la Francia dejando que se formasen á sus lados dos Estados poderosos: la Italia y la Prusia. Había permanecido simple espectador en Sadowa al Austria. Entónces le decian: « Desde el Rhin á Berlin no hay más que quince mil soldados; si pasáis el gran rio con cien mil hombres se os unirán todos los principillos alemanes indignados con la conducta fratricida de la Prusia: esa será la única vez que los Alemanes verán con gusto á los Franceses. Vos seréis el árbitro de la situacion: la Prusia tendrá que suspender sus triunfos sobre el Austria, moderar sus condiciones, y concertar el equilibrio europeo. » Él no quiso escuchar; y aprovechándose la Prusia de su longanimidad miétras tanto, se lanzaba á las invasiones haciendo nacer desconfianzas en todos sus vecinos, que se creyeron obligados á hacer grandes armamentos, en la incertidumbre de lo que sucedería mañana.

La España miétras tanto, en medio de sus continuas turbulencias, pedía un rey, y la Prusia quería poner en el trono de aquella nacion uno de los príncipes de su Casa Hohenzollern con lo cual la Francia se encontraría amenazada por Perpiñan, como por Estrasburgo. De modo que, si, cuando los hombres prudentes le aconsejaban el unirse al Austria, para impedir la ruptura del equilibrio europeo, no se creyó entónces posible poner el ejército en estado de hacer frente á los Prusianos, preparados hacia largo tiempo, ántes de cuatro meses; ahora que estos se hallaban envalentonados con las victorias obtenidas; sería una grave falta, se decía, el dudar de la preponderancia de una nacion que se inflama fácilmente apénas se habla de combates; así fué que de una á otra extremidad de la Francia, por todas partes, se gritaba ¡Á Berlin! ¡Á Berlin!

Al ver á dos naciones de cerca de cuarenta millones de almas cada una prepararse para venir á las manos, la Europa se alarmó por el temor de un conflicto universal, y el Papa ofreció sus buenos oficios como mediador, pero no fué escuchado. Se confiaba en que el Austria aprovecharía esta ocasion para vengarse de la Prusia, y que los pequeñuelos príncipes de Alemania

tomarian su desquite, al paso que la Italia mostraria su agradecimiento á la nacion, y al hombre á quien era deudora de su independencia.

Napoleon al hacer cargos á la Prusia por sus invasiones exclámaba: « La gloriosa bandera que desplegamos de nuevo ante aquellos que nos provocan, es la misma que llevó las ideas civilizadoras de nuestra gran revolucion, á traves de toda Europa; es la que representa los mismos principios, é inspirará los mismos sentimientos. Yo me pongo á la cabeza de este valiente ejército, el cual se halla animado por el honor, y por su deber hácia la patria. Yo sé cuánto vale, puesto que he visto á la victoria seguir siempre sus pasos en las cuatro partes del mundo. »

La Prusia, por su parte, declaraba que iba á hacer la guerra, no á la Francia, sino á Napoleon, y Wagner añadia: « Nosotros combatimos por el principio de nacionalidad que es el más justo, el más durable y el más benéfico para la constitucion de los Estados y la demarcacion de su territorio. »

El 26 de Julio, siete dias despues de la declaracion de guerra, se hallaban dispuestos para entrar en campaña de 500 á 600,000 Prusianos: cinco vias férreas directas hasta la frontera habian transportado 42,000 hombres por dia, y una cantidad enorme de cañones, de furgones de municiones y caballos; miétras que la Francia, á pesar de ser la osada provocadora, no tenia en primera linea más que 180,000 combatientes, valerososísimos, si se quiere, para el ataque, pero ineptos para la resistencia. La rapidez, que impedia al ejército prusiano el detenerse, al frances le impedia el aguerrirse y el armar la Guardia Nacional en un país en donde nada habia preparado contra la invasion. Con esta extraordinaria movilizacion, los Prusianos consiguieron ser siempre superiores en una campaña, en la que, como en las antiguas guerras, se asolaban los países, y se exterminaban los hombres, no por recuperar algún derecho legitimo, ó por un objeto noble y generoso, sino por humillar á un pueblo y á un soberano reinante. La guerra, tan prevista pero tan mal preparada, empezada tan imprudentemente y tan deplorablemente conducida, fué de corta duracion. Vencidos en Sarrebruck, en Wisemburgo, en Wört y en Forbac los Franceses, tuvieron que retirarse á Metz. En Sedan, en una batalla que duró quince horas, los Alemanes deshicieron enteramente á los Franceses, y el mismo Napoleon en persona tuvo que constituirse prisionero.

Alborotándose Paris al recibir el anuncio de estos desastres, declaró destituido á aquel mismo Emperador que habia divinizado pocos meses

1º de
septiembre.